

## "El Nuevo Pacto"

A lo largo de los siglos, el Señor Dios ha mantenido Su relación con Su pueblo a través de pactos. A veces, los pactos de Dios eran unilaterales, donde Dios hacía promesas a Su pueblo sin depender de su respuesta. Por ejemplo, el Señor Dios le dijo a Noé en Génesis 9:12-15: "Esta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra. Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes. Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne; y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne."

Sin embargo, otros pactos fueron bilaterales. Ahora bien, los pactos son relaciones legales, vinculantes y permanentes; son mucho más que simples contratos. El matrimonio, por ejemplo, es llamado un pacto en Malaquías 2:14. Así, Dios, como gobernante, hizo un pacto con Israel en el Sinaí. El Nuevo Testamento llama a este pacto en el Sinaí el "antiguo" o "primer" pacto. Pero Dios prometió bendecir y cuidar de Su pueblo, e Israel prometió amarlo y servirle exclusivamente. Hoy, Dios te invita a entrar en un nuevo pacto con Él en Cristo.

Nuestra lectura de hoy proviene de 1 Corintios 11:23-26 y trata sobre el nuevo pacto que observamos cuando participamos en la Cena del Señor:

"Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga."

Esta es una lectura importante de la palabra de Dios. Oremos juntos: Padre, te damos gracias porque cada día del Señor podemos recordar la Cena del Señor, que es el comer el pan y beber el fruto de la vida. Oramos para que cada día del Señor recordemos el cuerpo y la sangre, y que te amemos por lo que has hecho por nosotros y te sirvamos siempre. En el nombre de Jesús, amén.

Cuando abres tu Biblia en el índice, notarás que hay dos testamentos. El Antiguo Testamento tiene 39 libros y el Nuevo Testamento tiene 27. La palabra "testamento" suele recordarnos un testamento final, pero en el contexto bíblico es mejor traducido como "pacto". El Antiguo Testamento contiene el pacto que Dios hizo exclusivamente con Israel, mientras que el Nuevo Testamento contiene el pacto de Dios con toda la humanidad a través de Cristo.

Algunas personas tienen visiones extremas sobre lo que el Antiguo Testamento dice a los cristianos. Primero, algunos piensan que el Antiguo Testamento obliga a los cristianos a cumplir todas sus leyes con la misma fuerza que el Nuevo Testamento. En el otro extremo, algunos dicen que no tenemos necesidad práctica del Antiguo Testamento en absoluto. La verdad es que, aunque Dios dio las leyes del pacto del Antiguo Testamento específicamente para Israel, Dios dio a los cristianos el Antiguo Testamento para nuestra enseñanza e instrucción. Aunque Dios no espera que los cristianos obedezcan las leyes que Él dio a Israel, existen verdades inspiradas y principios en el Antiguo Testamento que nos ayudan a acercarnos más a Dios.

Dios dio la Ley de Moisés en forma de un pacto que un Soberano establece con Su pueblo. Esta Ley detallaba las promesas de Dios y las obligaciones de Israel. Las leyes individuales eran los detalles del pacto, las reglas que gobernaban la relación. Esta Ley hablaba específicamente a aquellos que estaban

dentro del pacto y bajo la ley de ese pacto. Romanos 3:19 dice: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley”. Específicamente, el Antiguo Testamento estaba dirigido solo a la nación de Israel, o los judíos. Los Diez Mandamientos se encuentran en Éxodo 20. Los primeros dos versículos muestran claramente que estos mandamientos, en Deuteronomio 5:6, fueron dados específicamente a Israel: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de tierra de Egipto, de casa de servidumbre.”

En Éxodo 34:27-28, el SEÑOR dijo a Moisés: “Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel. Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos.” Moisés dijo en Deuteronomio 4:13: “Y Él os anunció Su pacto, el cual os mandó poner por obra; los Diez Mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra.” Una vez más, en Deuteronomio 9:11 Moisés dijo: “Sucedió al fin de los cuarenta días y cuarenta noches, que Jehová me dio las dos tablas de piedra, las tablas del pacto.” Los Diez Mandamientos ciertamente formaban parte del pacto que Dios hizo con Israel en el Sinaí. Según Deuteronomio 5:3, el pacto del SEÑOR con Israel comenzó con los que estaban en el Monte Sinaí y no era obligatorio antes de ese momento.

Tristemente, Israel no permaneció fiel al Señor. No continuaron en el pacto con Dios. En consecuencia, el Señor hizo una promesa en Jeremías 31:31-34: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”

El libro de Hebreos cita Jeremías 31 e identifica el nuevo pacto como el mejor pacto establecido por Jesucristo. Hebreos 8:6-7 dice: “Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo.” Como Israel quebrantó el primer pacto, como dijo Jeremías, había necesidad de un segundo pacto, uno nuevo y diferente del primero. Hebreos 8:13 dice: “Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer.” Dios decidió hacer un nuevo pacto con Su pueblo, un pacto establecido por la sangre de Jesucristo. Este pacto era para todos, tanto judíos como gentiles.

A diferencia del primer pacto, todas las personas en el nuevo pacto conocerán al Señor. Las personas estaban en el primer pacto por nacer como israelitas, y desde su nacimiento debían ser enseñadas a conocer al Señor. Pero el nuevo pacto no es así; las personas primero aprenden sobre el Señor y luego, por fe, eligen seguir al Señor. Jesús dijo en Juan 6:44-45: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí.” Es por eso que en el Nuevo Testamento la predicación siempre precede al bautismo. Las personas primero deben creer en la verdad antes de poder unirse a Cristo en el bautismo.

Pablo preguntó en Gálatas 3:19, “Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa.” En los versículos siguientes, Pablo describió la Ley como un maestro o tutor que cuidó del pueblo judío hasta que la fe en Cristo

llegara. El versículo 24 y 25 dice: “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo.” Así como los niños necesitan un tutor cuando son pequeños, así también Israel necesitó la Ley; pero cuando un niño crece, ya no necesita ese tutor. Cuando la fe en Cristo llegó, Israel ya no necesitaba la supervisión de la Ley, pues tenían a Cristo.

La Ley del Antiguo Testamento no ofrecía una salvación completa de los pecados. Hebreos 10:1 revela que “la ley, es solo la sombra de los bienes venideros.” Pablo dijo a los judíos en Antioquía en Hechos 13:38-39: “Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree.” Hebreos 10:4 dice, “porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.” Era necesario que Jesús muriera en la cruz para quitar nuestros pecados.

Romanos 10:4 dice: “Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.” En Cristo, tenemos algo mejor que la Ley. Pablo explicó en Efesios 2:13-16: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.” Mientras la Ley estuvo en vigor, existía hostilidad entre judíos y gentiles; pero ahora, en el nuevo pacto de Cristo, hay paz.

Pablo escribió en Romanos 7:4-6: “Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros, llevando fruto para muerte. Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.”

Sin embargo, no debemos pensar que, porque no vivimos bajo el pacto del Antiguo Testamento, este carece de valor. El Antiguo Testamento es la Palabra de Dios y tiene un gran valor para nosotros como cristianos. Pablo escribió en Romanos 15:4: “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.” Así vemos que Pablo reconocía el gran valor del Antiguo Testamento. En otra ocasión, Pablo recordó varios eventos de cuando Israel vagó por el desierto, en, y dijo: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.” Debemos conocer estas lecciones importantes de Dios mediante el estudio del Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento contiene la promesa de Dios de redimir a la humanidad mediante el envío del Mesías al mundo. Pedro, refiriéndose a la muerte de Jesús, dijo en Hechos 3:18: “Pero Dios ha cumplido así lo que había anunciado antes por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer.” Estas profecías proporcionan una base para nuestra fe en Cristo. Solo Dios podía predecir el futuro, y el Antiguo Testamento contiene estas profecías que fortalecen nuestra fe. Sabemos que Cristo es el Mesías porque solo Él cumple las profecías de Su nacimiento, Su vida, Su muerte, y Su resurrección.

Muchas verdades importantes reveladas en el Nuevo Testamento se basan en eventos registrados en el Antiguo Testamento. Sin el conocimiento del Antiguo Testamento, no podríamos entender muchos aspectos del Nuevo Testamento. Cuando Jesús menciona a “Salomón en toda su gloria,” sabemos a qué

se refiere porque su gloria está descrita en pasajes como 1 Reyes 10. Cuando Jesús dice, “Acordaos de la mujer de Lot” en Lucas 17:32, no entenderíamos esta referencia sin haber leído en Génesis 19 cómo Dios convirtió a la esposa de Lot en una estatua de sal cuando desobedeció al Señor. Sin Génesis 1 y 2, no conoceríamos los detalles de la creación; y sin el capítulo 3, no sabríamos sobre el pecado de Adán y Eva.

Aunque las leyes y los detalles del pacto del Antiguo Testamento han quedado obsoletos, esto no significa que las verdades del Antiguo Testamento hayan perdido valor. Ciertamente debemos creer en muchos principios que enseña el Antiguo Testamento, como la naturaleza infinita de Dios, la creación del universo, la responsabilidad del hombre ante Dios y las profecías sobre el Mesías, es decir, el Cristo. Necesitamos el Antiguo Testamento para ayudarnos a comprender el Nuevo Testamento.

¿Por qué es esto importante? Porque debemos manejar la Palabra de Dios correctamente. Pablo le dijo a Timoteo en 2 Timoteo 2:15, “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.” Hoy vivimos bajo el nuevo pacto, no el antiguo. Nos acercamos a Dios a través de la sangre de Cristo y guardando Sus mandamientos, no mediante el cumplimiento de la Ley de Moisés.

Mantengamos esto en mente. Oremos juntos. Padre, te damos gracias por Tu amor y por el pacto que tenemos, ratificado por la sangre de Jesús. Y Padre, estamos agradecidos de que podamos vivir en este nuevo pacto y ser Tus hijos. Padre, ayúdanos a obedecer Tu voluntad para que podamos mostrarte nuestro amor. En el nombre de Jesús, amén.

Cada día del Señor, los cristianos participan de la Cena del Señor recordando cómo Jesús derramó Su sangre para sellar nuestro pacto con Dios. Pablo explicó en 1 Corintios 11:23-26: “Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.”

Al convertirnos en cristianos, entramos en una relación de pacto con Dios mediante la sangre de Cristo. La iglesia es Su novia. La promesa de Dios en Cristo es esta: “Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados.” (Hebreos 8:12). El Señor nos ha hecho grandes promesas en Cristo, y estamos obligados a servirle y a amarle. Ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que le pertenecemos a Él. Hemos sido redimidos por la preciosa sangre de Jesús. Y esta redención toca nuestros pensamientos, nuestras decisiones, nuestra moral y cada aspecto de nuestras vidas. Es nuestro mayor tesoro y bendición estar en pacto con Dios.

Para entrar en el nuevo pacto con Cristo, debemos poner nuestra confianza en Él, apartarnos del pecado mediante el arrepentimiento y vivir una vida justa siguiendo Sus pasos. Para convertirnos en cristianos, debemos confesar que Jesús es el Cristo y unirnos a Él en el bautismo. Somos bautizados en Cristo y en Su muerte. Según Romanos 6:3-7, somos crucificados y resucitados con Él en el bautismo, para que nuestro cuerpo de pecado sea destruido.